

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 52, 13 – 53, 12.): *Él tomó el pecado de muchos.*

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9): *Mantengamos firme la fe.*

Pasión (Juan 18, 1 - 19, 42): *Mi reino no es de este mundo.*

Las autoridades han declarado culpable a Jesús y lo remiten a Pilato; lo acusan de ser uno de los caudillos nacionalistas. De aquí la pregunta de Pilato y la respuesta de Jesús. Jesús aclara su actuación: No le mueven criterios de poder social, económico, militar o político. *«Su única fuerza es el amor»*. Aclarado el tema y ahora que no hay ningún peligro de triunfalismo, no descarta ser rey, pero su realeza consiste en dar testimonio de la verdad.

Verdad, que en el evangelio de Juan está unida a Dios como amor, como vida y luz, y expresa autenticidad, fidelidad y lealtad. Jesús es veraz, porque es auténtico, leal y fiel a Dios Padre de amor, y esta es su autoridad: dar testimonio de esta verdad. Amar a las personas por encima de ideología, e institución, dar vida en abundancia, sobre todo a aquellos a quienes se les niega, y dar testimonio de esta verdad en un mundo cuyo motor es la ambición de poder y del dinero. Ambición, que crea una ideología contraria a la verdad de Dios y del hombre y que justifica un orden social y legal, que priva al hombre de libertad y de vida plena; pero dar testimonio de la verdad en medio de un mundo de mentira es muy arriesgado, como se demuestra en la condena de Jesús.

A la actual crisis de esperanza y a este ambiente de desencanto que padecemos, ha contribuido, entre otras cosas, el que la confianza, totalmente necesaria para la esperanza, está gravemente herida, y su causa principal es, porque la confianza debe tener como base la verdad, la veracidad y la coherencia, y uno no puede fiarse de alguien que suele engañar, no es honrado y no es fiel a sus promesas y declaraciones. Y lo serio es que ni el Estado, ni la técnica, ni la industrialización, ni el militarismo, ni los sistemas educativo, sanitario y jurídico, son capaces en la actualidad de generar esperanza y confianza.

Ante esta situación de incertidumbre y desencanto, la propuesta de abrirse camino y generar esperanza es recuperar unos valores, bastante marginados y olvidados, y, por otra parte, tan necesarios, como son el amor a la verdad, la veracidad, la honradez, la fidelidad, la coherencia, etc. Por eso, mientras existan hombres que intentan vivir como hijos de Dios y hermanos universales hay esperanza para la humanidad, ya que en ellos se puede apoyar uno, porque son verdaderos.

La cultura de nuestra sociedad del bienestar y de la satisfacción, llamada “*indolora*” por algunos analistas, nos invita a no ver ya la cruz. Debemos vivir de espaldas a todo lo que huele a dolor y sufrimiento y disfrutar de buena vida, modas, playas y lujos. La cruz se reduce, a lo sumo, a la categoría de un puro símbolo religioso dentro del ámbito de la Iglesia y que paseamos en procesión cuando llega la Semana Santa, acompañada con el ruido acompasado de los tambores.

Ahora bien, la cruz en su origen no es “*una cosa religiosa*”, sino una terrible realidad sangrienta. La cruz significa la violencia despiadada que unas personas ejercen sobre otras; los fuertes y poderosos sobre los débiles e impotentes. La cruz expresa una amarga realidad de la historia de la humanidad. Fue ideada para aterrar a las personas que gritaban por su liberación, torturando hasta la muerte a los rebeldes al sistema. El que haya leído algunos informes sobre torturas, asesinatos y genocidios, se dará cuenta de que no se trata de una cosa rara y extraña.

No es Dios quien alza la cruz, sino los amos de este mundo para tener controlado y sometido al pueblo. No es Dios quien hace sufrir. Pero, el amor a la vida y en favor de la vida, el amor a las personas pisoteadas, la solidaridad con los condenados al silencio, el favorecer que afllore la aflicción y las quejas de los excluidos, es un amor que tiene un precio y hay que pagarlo muy caro. El mundo de la mentira, de la ambición, de la codicia, no tolera a estas personas, las considera como una gran amenaza, y tratará de eliminarlas por todos los medios.

Por eso, persiguieron a los profetas, crucificaron a Cristo y siguen persiguiendo y crucificando a los que intentan seguir al Crucificado, que optan, como Él, por amar a todas las personas, sobre todo, saliendo en su defensa cuando son maltratadas, y oprimidas. Pero esta cruz se transformará en el árbol de la vida. En Cristo crucificado el madero seco del sufrimiento comienza a reverdecer.

Elegir la vida y el amor significa abrazar la cruz, ya que significa oponerse y resistir a la injusticia, al sistema opresor y creador de desigualdades inhumanas; por eso acepta y asume la cruz, porque ama la vida y la dicha para todos. Estas cruces unidas a la de Cristo son el árbol de la vida; su comprensión nos conduce a entender en profundidad la Resurrección.